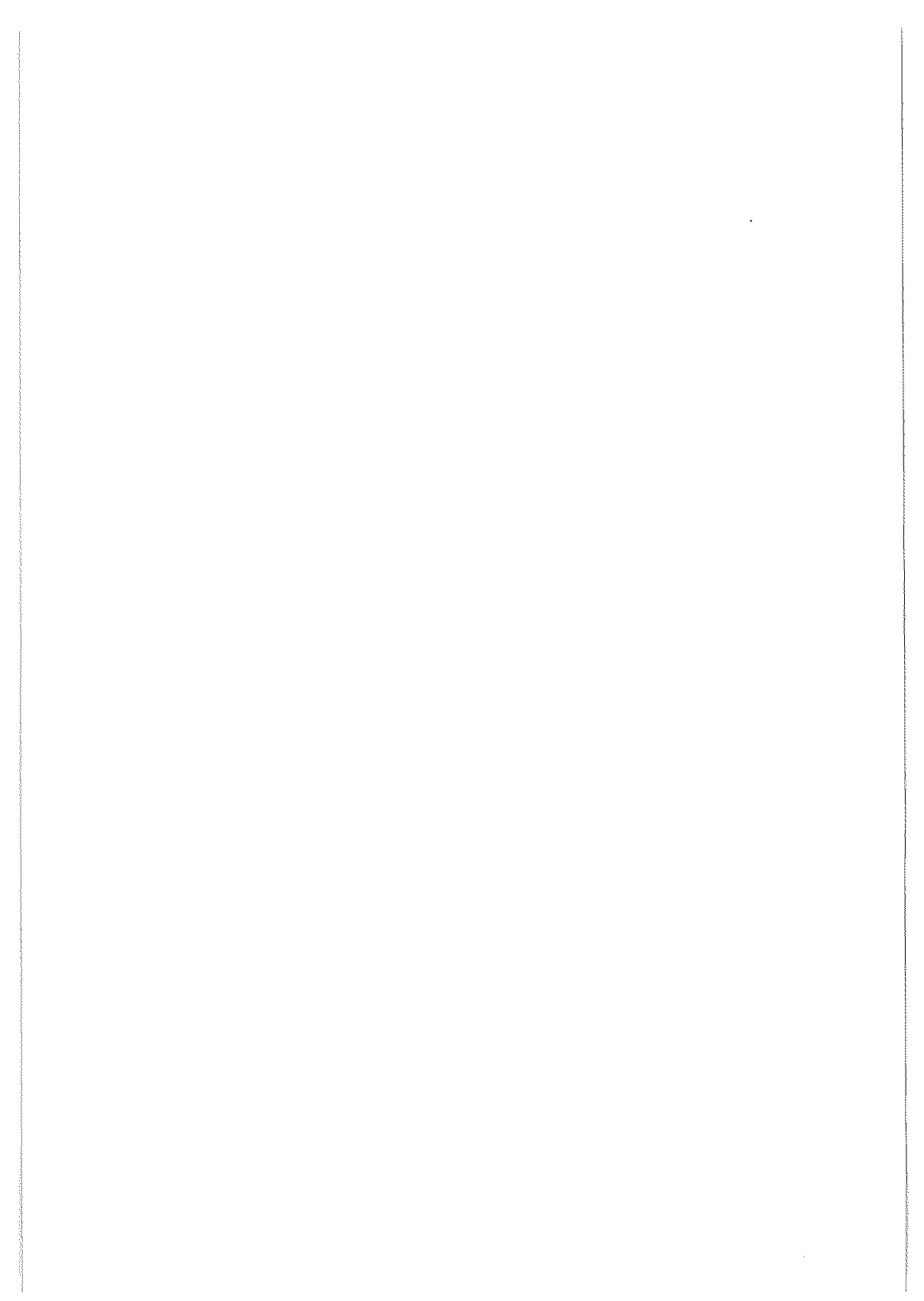


PRESENTACIÓN



Este número 9 de la Revista *Alfinge* es un homenaje a la figura del catedrático y Director del Departamento de Filologías Francesa e Inglesa de la Universidad de Córdoba, Leocadio Martín Mingorance, fallecido prematuramente en 1995 a los 47 años de edad en el momento en que mayor se revelaba su magisterio y su producción investigadora y científica con encargos de prestigiosas casas editoriales del extranjero de obras que iban a marcar hitos en la Lexicografía mundial. Pero no voy a insistir ni hacer hincapié en algo tan sobradamente conocido y puesto de relieve desde su trágica desaparición en distintos Congresos, Homenajes y Publicaciones, sino en una faceta menos conocida aunque para mí tan destacable o más que la otra: su enorme valoración de la amistad, siendo ésta el don más grato que el ser humano puede dar y recibir. Esto es algo que yo experimenté en un intenso trato cotidiano durante los cuatro cortos años de su vida académica en la Universidad de Córdoba compartiendo disgustos y alegrías a dúo, que siempre hace que aquellos sean menos intensos y éstas más.

Leocadio, para quienes lo conocimos muy de cerca, era una persona entrañable, tierna, fiel, muy amable y cariñosa, además de muy inteligente. Esta última cualidad era continuamente puesta de relieve por medio de un discurso elevado, culto, ingenioso y matizado de una fina ironía que enganchaba al interlocutor con sus palabras, apoyado todo ello en su cálida humanidad, que le ayudaba a construir un «halo» a su alrededor del que era muy difícil quedarse al margen. Convivir, pasearse, almorzar con él era una pura delicia: siempre te enseñaba algo. Tenía razón Gracián cuando dijo que tres cosas abren horizontes al alma: visitar países interesantes, leer libros buenos y el contacto directo con grandes personalidades. ¿Cómo puedo medir los horizontes que habrá abierto en mi alma este hombre con quien he tenido el privilegio de vivir y convivir en reposados paseos sin el acoso del tiempo o compartiendo las mismas viandas y el mismo Rioja?

Debido a mi profesión he estudiado autores que se han ocupado de reflexionar profundamente sobre la amistad: Montaigne, Pascal, La Bruyère, La Fontaine y algunos otros. Sin duda es el primero el que mejor la define y ello se debe a que la conoció muy directamente en la persona de La Boétie,

colega en el Parlamento de Burdeos con el que convivió durante cuatro años (1559-1563) hasta la muerte prematura de aquél. La Boétie transmitió a Montaigne su fe estoica, su seriedad, su amor por la lectura y su inquietud sobre los problemas del momento. A la muerte de La Boétie, Michel de Montaigne escribió uno de los análisis más hermosos que la literatura mundial haya dado sobre la amistad, construyendo con él un monumento a la memoria de Etienne de La Boétie su único y verdadero amigo. Inspirándose en Cicerón, Séneca, Horacio y otros autores latinos, el ensayista francés exalta la amistad como el sentimiento más puro y desinteresado que existe. Algunos párrafos del ensayo nos mostrarán la certeza de esta afirmación:

El de la amistad, es un calor general y universal, que permanece templado e igual, un calor constante y sentado, que es todo dulzura y delicadeza, que no es ávido ni punzante en absoluto (...) De la amistad se goza a medida que se la desea, nace, se alimenta y crece en el goce, pues es espiritual y el alma se educa con su práctica (...) en la amistad no hay más negocio ni trato que con ella misma (...) lo que llamamos generalmente amigos y amistad, no son más que relaciones y conocimientos entablados por alguna casualidad o conveniencia, con lo que se ocupan nuestras almas. En la amistad de la que hablo se mezclan y confunden una con otra en unión tan universal, que borran la sutura que los ha unido para no volverla a encontrar. Si me obligan a decir por qué lo quería, siento que sólo puedo expresarlo contestando: Porque era él; porque era yo. Habiendo de durar tan poco y habiendo comenzado tan tarde, pues los dos éramos hombres ya hechos y él algunos años mayor, nuestra amistad no tenía tiempo que perder ni debía seguir el patrón de esas amistades lánguidas y monótonas que necesitan tanta precaución de larga y previa conversación (...) No sé qué quinta esencia fue la que habiéndose apoderado de toda su voluntad, llevóla a sumergirse en la mía, con avidez y emulación semejantes. Y digo perderse, en verdad, porque no nos reservamos nada que nos fuese propio, ni que fuese suyo o mío (...) Caminaron nuestras almas tan íntimamente unidas, tuviéronse afecto tan ardiente, desvelándose con ese mismo afecto la una a la otra hasta el fondo de sus entrañas que no sólo conocía la suya como la mía sino que habríame confiado antes a él que a mí mismo. (...) Esa amistad perfecta de la que hablo, es indivisible; cada uno se entrega tan por entero al amigo que nada le queda para repartir con otras; al contrario, lamenta no ser doble o triple o cuádruple y no tener varias almas y voluntades para dedicarlas todas a esa persona (...) Si comparo todo el resto de mi vida, a pesar de que gracias a Dios la he pasado dulce y acomodada y excepto por la pérdida de dicho amigo, exenta de pesada aflicción, llena de tranquilidad de espíritu, si la comparo, decía, toda, con los cuatro años que he podido gozar de la dulce

compañía y sociedad de esta persona, no es más que humo, no es más que noche oscura y tediosa. Desde el día en que lo perdí, no hago sino languidecer; e incluso los placeres que se me ofrecen, en lugar de consolarme, duplican en mí el dolor de su pérdida.

Lo compartíamos todo, paréceme que le robo su parte. Estaba yo tan acostumbrado a ser siempre dos que paréceme que sólo existo a medias. No hay acción o pensamiento que no me haga echarlo en falta, igual que hubiérale ocurrido a él.

¿Se puede acaso expresar de una manera más sublime el sentimiento de la amistad? Montaigne, desnudo ante sus lectores, parece seguir las palabras de Horacio: «¿Puede existir vergüenza en recordar a una persona tan querida?» (*Odas*, XXIV, 1). Claro está que para entender el ensayo del escritor francés en toda su extensión hay que haber experimentado esa sensación y el goce de la amistad en toda su amplitud. Por haberme ocurrido así, Leocadio es para mí no sólo el amigo que se fue, sino un símbolo eterno de amistad que influyó decisivamente en mi vida, presente y futura; con su ejemplo y sus palabras me ayudó a relativizar y objetivar los acontecimientos, a ser menos vehemente y más sereno, a comprender la debilidades humanas, en definitiva toda una ética de comportamiento. Todos los que tuvimos el placer de disfrutar de su amistad y su intimidad podemos sentirnos privilegiados. Al pensar en lo irracional de su fallecimiento sólo se encuentra un consuelo después de mucho meditarlo: si el máximo hacedor creyó oportuno llevárselo es que debería estar allí mejor. Esa es la única razón de que uno, simple mortal seducido por el amigo entrañable, justifique y disculpe al Supremo.

Siempre me ha emocionado la ternura que transmite Steinbeck en el prefacio de **Tortilla Flat**:

Esta es la historia de Danny, de los amigos de Danny y de la casa de Danny (...) Quien la escuche sabrá que se está refiriendo a una entidad formada por seres humanos que irradió dulzura, alegría y filantropía.

De un modo parecido podrían acabar estas líneas:

Esta es la Revista homenaje a Leocadio, hecha por los amigos y colegas de Leocadio; como se podrá comprobar todo en ella transpira ternura y cariño hacia un compañero que se fue en lo mejor de su vida. No obstante, su memoria quedará en el recuerdo de todos aquellos que lo trataron.

Miguel A. García Peinado.